

PORTUGAL celebró recientemente, dentro de un clima político más bien tenso y desagradable, a pesar de los festejos organizados, el quinto aniversario de la Revolución de los Claveles. Han cambiado muchas cosas desde las jornadas de euforia de la primavera de 1974. Da la impresión de que se ha vuelto atrás. ¿Qué piensa usted al respecto?

—Es cierto que hemos dado algunos pasos atrás, pero sigo convencido de que hemos recorrido un largo camino. ¿Cuáles eran los objetivos fundamentales del movimiento del veinticinco de abril? En primer lugar, acabar con las guerras coloniales; lo hicimos. Segundo objetivo: derribar un régimen fascista y retrogrado e instaurar una democracia pluralista: también se ha conseguido. Tenemos algunos problemas de tipo político-institucional, pero hemos establecido la democracia política y sindical. Tercer objetivo: el desarrollo del país, la reforma de estructuras económicas y sociales arcaicas y la integración de Portugal en Europa. También hemos hecho progresos en este sentido. Se ha solicitado el ingreso de Portugal en la Comunidad Europea; hemos comenzado a transformar las estructuras del país; hemos llevado a cabo nacionalizaciones y creado comisiones de trabajadores; hemos dado algunos pasos hacia la autogestión, hacia el control obrero de las empresas. Todas estas conquistas han sido consolidadas mediante garantías constitucionales. Dicho eso, preciso es reconocer que asistimos hoy a una ofensiva de la extrema derecha para liquidar esas garantías y crear un régimen autoritario de rostro democrático.

—¿Es este proyecto exclusivo de la extrema derecha? ¿No es también el de la derecha institucional presente en el Parlamento? ¿O es a esa derecha a la que usted califica de extrema derecha?

—Hay, en el Parlamento portugués, gente de derechas, pero la derecha parlamenta-



“Los puestos más importantes del Ejército están hoy en manos de hombres de derechas, y hay, en la escala jerárquica, oficiales que ejercen una presión cada vez más fuerte sobre las unidades”.

MARIO SOARES:

«La derecha vuelve a ser peligrosa»

RENE BACKMANN

ria portuguesa quiere, creo yo, jugar más o menos el juego democrático. Dicho esto, es verdad que ciertas personas intentan instalar un régimen autoritario de tipo presidencialista y militar. Y es un peligro real. Porque hay una tradición portuguesa derechista: es la tradición sidonista, así llamada por el Presidente Sidonio Pais, que fue asesinado en mil novecientos diecinueve. Este general-Presidente

dictador intentó, utilizando su poder personal, destruir el régimen democrático que había sido instaurado por los fundadores de la Primera República. Esa tradición fue recogida en mil novecientos veintiséis por los hombres del veintiocho de mayo, Gomes da Costa y Salazar, con ciertos matices diferenciadores. Pero es en esta línea en la que se inscriben los llamamientos actuales a un hombre provi-

dencial, capaz de resolver instantáneamente todos los problemas del país.

—¿Cómo interpreta usted lo que ya en Lisboa se califica de “caza de brujas”? En el cuerpo diplomático, la prensa, la radio y la televisión, muchas personas son separadas de sus funciones porque son de izquierda, y en especial socialistas...

—Es verdad que este Gobierno, el cuarto Gobierno constitucional, ha iniciado un vasto plan para colocar en puestos claves a hombres de su confianza. Se ha expulsado a algunos socialistas y, de modo más general, a progresistas, para sustituirlos por otros... Todavía no puede hablarse propiamente de caza de brujas, pero sí es cierto que existen síntomas alarmantes, sobre todo, como usted mismo ha dicho, en los campos informativo y diplomático.

—Hay quien dice que ustedes, los socialistas, tienen una parte de responsabilidad en la aparición de este ambiente de caza de brujas. Cuando estaban en el poder, ustedes mismos apartaron a los comunistas de determinados puestos donde, en su opinión, resultaban peligrosos, y hoy los marginados son los socialistas...

—Como usted sabe, nosotros llegamos al poder en un momento en que el Partido Comunista trataba de apoderarse del mismo mediante métodos stalinistas. Conviene no olvidarlo. Si se presentase de nuevo un peligro del mismo orden, nosotros nos veríamos obligados a tomar idénticas medidas para preservar la democracia pluralista tal y como la concebimos. Pero, desde el veinticinco de noviembre, no hemos tratado de meter a los comunistas en un “ghetto”, sino todo lo contrario. Hemos querido reintegrarlos en la vida nacional, lo que no es fácil, porque no han aprendido nada. Pienso que hicimos lo que debíamos y podíamos hacer, pero hoy existe una situación que se nos escapa y contra la cual nos rebelamos. En mil novecientos se-

MARIO SOARES

tenta y cinco el peligro venía, digamos, de los comunistas; hicimos todo lo posible para impedir su acceso al poder, para expulsarlos. Ahora existe un peligro de extrema derecha. También haremos todo lo que esté en nuestro poder para proteger del mismo al país. Queremos una democracia pluralista, pero hay que reconocer que es difícil.

—Si examinamos con cierto distanciamiento la política portuguesa de los cinco últimos años, vemos que, desde abril de mil novecientos setenta y cuatro, los Gobiernos que se han venido sucediendo han estado, grosso modo, cada vez más a la derecha. ¿Cómo explica usted esto?

—Es verdad que hay un deslizamiento progresivo hacia la derecha y, lo que para mí es igualmente grave, una sombra militar se perfila sobre la vida civil del país en razón de la actitud del Jefe del Estado, que se ha convertido en el centro del poder. El Gobierno no es ya más que un epifenómeno en el que el Jefe del Estado deposita su confianza, por más que el Presidente respalde muy poco al actual Gobierno.

—¿Quiere usted decir que el Gobierno actual no es representativo de la realidad de las fuerzas políticas y de sus relaciones en el país?

—Exactamente. El Gobierno carece de representatividad: de representatividad parlamentaria, porque ya sólo cuenta con el apoyo del CDS, apoyo no exento, por otro lado, de reticencias y críticas; y menos aún tiene representatividad popular, porque nadie, en el país, se preocupa del Gobierno. Parece como si no existiera. Además, no hace nada. Ni siquiera ha conseguido que se votara su presupuesto...

—Pero, ¿cuál es entonces la explicación profunda de ese deslizamiento a la derecha y de esa personalización del poder?

—El viraje se produjo, en mi opinión, cuando se revocó el segundo Gobierno presidido por mí. El primero fue derrotado por una alianza tan

extraña como malsana: la del PC con los partidos de derecha, el PSD y el CDS. Tal vez hoy los comunistas estén arrepentidos de lo que hicieron, pero lo hecho, hecho está, y no puede olvidarse.

—Pero mi segundo Gobierno fue derrocado por una intervención personal y directa del Presidente de la República. El general Eanes quiso imponer un primer Gobierno de su elección: fue el Ministerio Nobre da Costa. No lo consiguió. Volvió a probar suerte con el Ministerio actual, que tampoco funciona.

—Estamos ante un Gobierno de derechas, está claro. Un Gobierno de derechas que sigue respetando ciertas formas, y del cual, por otro lado, no podemos hacer abstracción, porque podría ocurrir algo peor.

—La reforma agraria, como la descolonización, estaba considerada como uno de los frutos de la revolución de abril, ¿qué queda de ella?

—Hubo ocupaciones de tierras a las que quisimos dotar de un marco jurídico. Sometimos una ley a votación por la Asamblea de la República, ley que tratamos de que se aplicara. Hubo exageraciones en su aplicación —precisamente después de la caída del Gobierno socialista—, lo que originó una situación explosiva en el Alentejo. Por medio del crédito, y también mediante la represión, se trata hoy de asfixiar a los trabajadores asociados en las unidades colectivas de producción del PIC o en las cooperativas socialistas.

—¿Y el Ejército?

—En el Ejército, todas estas cosas de que acabamos de hablar son aún más evidentes. Hay nuevamente reuniones de capitanes. Los puestos principales del Ejército están hoy en manos de hombres de derechas y hay, en la escala jerárquica, oficiales que ejercen una presión cada día más fuerte sobre las unidades. Algunos incluso han resurgido recientemente del pasado, con los hábitos mentales del pasado. ■

© TRIUNFO y "Le Nouvel Observateur".

Las dos caras de monseñor Casaroli

MONSEÑOR Casaroli, flamante secretario de Estado del Vaticano (aún prosecretario hasta que sea nombrado cardenal) tiene buena fama. Se le considera el hombre de las relaciones con los países del Este socialistas, con los que firmó diversos acuerdos entre los años 1964 y 1971. Ningún diario se refiere a él sin utilizar el adjetivo de "hábil" cuando se refiere a su labor diplomática. Por lo demás, siempre se suele tomar a Benelli como punto de referencia y comentar la ventaja que supone la elección de Casaroli al ilustre reaccionario. Por si fuera poco, el cardenal Agostino Casaroli cuida su imagen: ha fundado y dirige Villa Sant'Agnese, una institución para "niños difíciles" de los suburbios romanos; allí se deja sorprender por la prensa, rodeado de sus pequeñuelos, que en la intimidad le llaman "don Agostino".

Sin embargo, no faltan voces que ponen en duda el progresismo de monseñor. Hay quien dice, por ejemplo, que el hoy "primer ministro" del Vaticano desarrolló su actividad de acercamiento a los países socialistas en cumplimiento de las órdenes estrictas de Pablo VI y que sólo a la política de "ostpolitik" de éste se debe la firma de tratados y convenios.

Algo más preocupantes son los rumores que hablan de un acercamiento de Casaroli al Opus Dei. Su nombramiento sería, en este caso, una compensación del Vaticano al Opus, por haber perdido a su gran candidato, el anterior Papa, Albino Luciani, lector asiduo, como se sabe, de "Camino", la obra de monseñor Escrivá.

Avala esta opinión la vieja amistad de Casaroli con el señor López Rodó, con el que celebró varios encuentros de alta diplomacia, en 1973, cuando don Laureano era ministro de Exteriores. Pero lo cierto es que ambos se conocían de antes. López Rodó recibió a Casaroli siendo ministro del Plan de Desarrollo, durante una peregrinación mariana en España. Volvieron a encontrarse en Helsinki en julio de 1973 y luego en Madrid en noviembre de ese mismo año, durante la negociación de revisión del Concordato de 1953.

En esa ocasión, Casaroli sonreía. Dijo: "He venido en otras ocasiones. Como cuando conocí a López Rodó; éramos más jóvenes los dos". Claro que el saludo de nuestro opusdeísta ministro había sido antológico: "Me asombra, monseñor, lo fresco de su tez, después de un viaje tan largo, después de una mala noche y una mala posada, como diría Santa Teresa". Ahí es nada.

Aún vendría más veces Casaroli a España, ya en tiempos de Cortina Mauri y José María de Areilza, a veces de vuelta directa de la Cuba de Fidel.

Lo que es casi seguro es que el nombramiento de Casaroli, así como el del español monseñor Eduardo Martínez Somalo, como sustituto de la Secretaría de Estado vendría a significar el abandono del "espíritu de cruzada" con relación a los países comunistas y, en cambio, un reforzamiento de las posiciones de la Iglesia en los lugares donde está más fuertemente asentada, como la América Latina. Casualmente donde los intereses del Opus son mayores.

Tanto Casaroli como su segundo, Martínez Somalo, han tenido buena ocasión de conocer el subcontinente americano. Casaroli, ya en 1955, fue delegado de la Santa Sede en la CELAM, celebrada en Río de Janeiro, y el español ejercía el cargo de nuncio en Colombia.

Agostino Casaroli, el hombre que abre una nueva incógnita en la futura política vaticana, es un hombre disciplinado con el "savoir faire" de una larga experiencia eclesiástica. Nació en Castel San Giovanni (Emilia), el 24 de noviembre de 1914, tuvo diversos miembros de su familia en altos dignatarios eclesiásticos, como su tío, obispo de Sarsina. Juan XXIII le dio una oportunidad introduciéndole en la burocracia vaticana, aunque sólo fuera en un modesto puesto de archivero; luego, sería Pablo VI el que diera sentido a toda una carrera diplomática. Una vez tan sólo su poder corrió peligro: fue en 1975, cuando Benelli le arrebató atribuciones y estuvo a punto de precipitar su caída. Hoy, por el contrario, la buena estrella de su carrera sigue brillando. ■ R. C.